

Luis Durand

Visión de Sarmiento

SU INQUIETUD FECUNDA Y CREADORA



En la proximidad inminente de la muerte, pudo calmar la inquietud prodigiosa de su espíritu, y el ansia de crear que hasta en el último instante se albergó en su corazón vehemente. Sólo unos minutos lo separan de la inmortalidad, cuando su cabeza que no conoció el sosiego, se yergue, para que sus labios puedan decir dificultosamente: «He escrito un libro tres veces, y lo he vuelto a romper: tenía cosas muy buenas». Moría soñando con realizar algo útil para su patria; moría aferrado a la fe poderosa que animó su destino superior, en el cual hubo en todo momento, una impulsión cósmica que no supo de treguas ni de vacilaciones.

Su espíritu y sus ideas se transformaban en voluntad decidida e irreductible, cuando animada por una permanente inquietud, buscaba todos los caminos y posibilidades, en el alcanzamiento de una gran ambición. Noble y sublime ambición la suya, como fué la de crear una fisonomía y un carácter propios, a estas jóvenes naciones de América, que recién se desprendían del duro tutelaje colonial. Fisonomía y carácter que habían de ser la sólida base en que se asentara la arquitectura moral y social de estos pueblos, nacidos bruscamente a la vida libre y soberana.

Nace don Domingo Faustino Sarmiento Albarracin (San Juan, 1811) en una época agitada por toda clase de turbulencias bélicas que conmueven a la República Argentina en todos sus dilatados ámbitos. La guerra asoma en cada rincón donde aparece un caudillo que al frente de sus escuadrones de jinetes impone la ley del más fuerte. La justicia y el derecho son en esa época palabras que no tienen sentido ni significación. Y cuando la ambición de los caudillos está satisfecha, momentáneamente, el bandidaje como un huracán siniestro, y devastador, cruza la pampa asolando pueblos y caseríos. Así sus habitantes aprenden, urgidos por las circunstancias, a vivir con el arma al brazo (1). La pampa es como un océano agitado por continuas y sucesivas tempestades humanas en donde naufraga todo principio de moral y de derecho. No existe otra ley, que la tiránica y caprichosa voluntad del vencedor, que impone a los vencidos, su tributo de vidas y haciendas, cuando no de humillaciones y ultrajes, si la sangre y el robo no son suficiente tributo para aplacar la bárbara imposición de sus odios y pasiones.

Es la batalla que entre civilización y barbarie, se desencadena en el vasto escenario del territorio argentino, tema éste, que sirve de título a uno de los más interesantes libros de Sarmiento, en cuyas páginas, junto con describir el carácter y costumbres de los gauchos, desarrolla su teoría de la lucha entre la fuerza bruta de los hombres de la pampa, y la cultura de los hombres de las ciudades, más débiles físicamente que aquéllos, pero cuya inteligencia les atrae el odio y el desprecio de los gauchos semisalvajes, que en medio de su ignorancia se sienten inducidos a dominar a las ciudades por medio del atropello y la violencia.

(1) Cuéntase que hubo una época en que los albañiles y demás obreros que trabajaban en la construcción de casas en San Juan, debían hacerlo con el fusil terciado a la espalda.

En este ambiente convulsionado por el constante oleaje de las ambiciones desorbitadas, crece Sarmiento. No es por cierto su existencia, un camino plácido y fácil, sino muy al contrario, un camino plagado de dificultades y de accidentes, que en otra naturaleza que no tuviera el temple de la suya hubiera sido imposible de franquear. En su vida, cada éxito, es el resultado de una tenaz y ruda batalla, en la que a menudo recoge amarguras, desengaños e incomprensiones. Más de una vez también, lo salpica la calumnia. Empero, la fiera energía de su alma es indomeñable; cada fracaso es un poderoso acicate que retempla su ánimo y vigoriza su impulso. Si cae, es para erguirse en seguida más alto, sostenido por esa retorcida fibra de su voluntad, que en su inquietud encuentra su alimento, para luchar por el progreso y el bien de sus semejantes.

Su inquietud es la inquietud del genio, la inquietud fecunda y creadora, pues sin más riqueza que la que atesora en su mente, extrae de ella ideas que anima y echa a andar, convirtiéndolas en realidad, sin otra fuerza motriz que la de su ánimo siempre entero y esforzado y sin más capital que la fuerza de su espíritu. Así salta todos los obstáculos sin reparar en los peligros que lo rodean. Que si los viera, ellos no le amedrentarían ni amenguarían su impulso. Por el contrario, constituyen el acicate que afirma sus decisiones, apretando su gesto cejijunto y haciendo más pronunciada y resuelta la fiera que apunta en su labio desdeñoso y desafiante.

Desde cuando comienza a actuar en la vida, las dificultades se confabulan y coinciden en cerrarle el camino por donde sus anhelos lo empujan. Aquella solicitud en la cual su padre pide al Gobernador de Buenos Aires, ayuda para educar a su hijo en un colegio de esa ciudad, y que a juzgar por sus resultados ni siquiera es leída por ese funcionario, es la primera grave dificultad que el joven Sarmiento tiene en su vida. Es el primer golpe en la forja esplendente de su destino, el primer apretón con que la vida como un puño áspero y recio lo

detiene un instante, cuando comienza a caminar. Pero ya ha echado a andar y nada lo detendrá. Su empuje le bastará para plasmar en el alma de un pueblo su ideal. En medio de la orgía de sangre y horror de la barbarie desencadenada, la fuerza de su espíritu irá desgastando la dura roca de la ignorancia. Hasta que llegue el momento en que su voz domine el enloquecido tumulto de los jinetes salvajes, que hacen retemblar el suelo de la pampa con el carrerón desenfrenado de sus caballos de guerra.

Y él también, cuando sale camino adelante, es como un potro estallante de bríos, que se desboca por en medio de la llanura sin horizontes. Todas sus ideas son, a impulsos de su naturaleza vehemente, anhelos apremiantes que no se calman sino con la visión concreta de una realidad. Su pensamiento agudizado de impaciencia, perfora la indiferencia del ambiente, y sólo cuando la mala fe y la torcida intención lo combaten, se desata su cólera de gigante, como un torrente salido de madre que fulgura bramando entre las peñas y se lleva por delante cuanto se opone a su paso.

Sarmiento, es sin disputa el más genial obrero del pensamiento iberoamericano. Cuanto pudo realizar se debe a la apasionada exaltación con que abordaba los problemas que atraían su interés. Pues por ese tiempo, en la naturaleza y la vida americana todos eran problemas que estudiar y resolver. Hombre de tan formidable personalidad, sus anhelos se identificaban en su manera de ser. Quería que lo americano, en sus costumbres, en su lenguaje y en su cultura, así como en el arte mismo, en sus diversas formas, tuvieran el sello auténtico de lo que es propio de una tierra. Su doctrina era un ideal de progreso a base de libertad y de tolerancia, pero de esa tolerancia culta, dispuesta a estimular y a proteger las iniciativas del pensamiento enriquecido por el estudio, combatiendo sin cobardías ni claudicaciones cuanto tendía a ambición personalista, ajena a la grandeza espiritual de un pueblo. Vive sus mejores

años combatiendo la tiranía de Rosas que impera en su país. Rosas es su obsesión, su fantasma, su preocupación constante y tenaz. El periódico, el panfleto, el libro, la tribuna, son las armas con que hostiga al tirano, creando un clima inquietante a su alrededor. El libro llega sin saberse cómo, a la mesa del propio dictador, y a despecho de la mazorca, sus páginas son como brasas candentes, o como lanzazos que arrancan gritos de desesperación. Son alaridos que en medio de su dolor, imprecán y maldicen. El libro se rompe, pero más allá hay otro ejemplar que lee sigiloso un pacífico comerciante, o un correcto funcionario federal. Ambos estarán atentos, para exclamar en su oportunidad con especial preocupación y aparente fervor: ¡Abajo los inmundos e impíos unitarios! que es el grito de adhesión y lealtad a la tiranía. Pero el pensamiento escrito hace su obra en los espíritus. Araña la dura costra de la indiferencia y del egoísmo; provoca la inquietud en las conciencias y hace agitarse, ese aire inmóvil, de respiraciones contenidas, por el espanto y el terror, pero lleno de acechanzas, que es el ambiente característico de la dictadura.

Sarmiento está solo en muchas ocasiones, pero los destellos de su pensamiento, son cóndores que se elevan sobre los Andes, llevando sus diatribas encendidas en contra de la tiranía. Los golpes, lejos de amilanarlo, robustecen su ideal, y las prisiones clarifican sus doctrinas que se nutren y enriquecen en la lucha. En sus «Recuerdos de provincia» evocando algunos de los acontecimientos que determinaron su actuación en la vida pública, dice: «A los dieciséis años entré a la cárcel, y salí de ella con opiniones políticas, lo contrario de Silvio Péllico, a quien las prisiones enseñan la moral de la resignación y el anonadamiento. Desde que cayó en mis manos por la primera vez el libro «Mis prisiones» inspiróme horror la doctrina del abatimiento moral que el preso salió a predicar por el mundo y que hallaron tan aceptable los reyes, que se sentían amenazados por la energía de los pueblos. ¡Ay del mundo si el Zar

de Rusia, el emperador de Austria o Rosas pudieran enseñar moral a los hombres! El libro de Silvio Péllico es la muerte del alma, la moral de los calabozos, el veneno lento de la degradación del espíritu».

Este concepto de rebeldía, esta actitud desafiante frente a la imposición de la autoridad absoluta, lo empuja de nuevo hacia el destierro que ya antes conociera, cuando en 1831, a los 20 años llega a Chile huyendo de las atrocidades de Aldao, y de Quiroga que derrota a los unitarios en el combate de Chacón. En aquella ocasión llega a Chile desprovisto de los medios que necesita para su subsistencia, pero esa circunstancia no podía ser lo que más le preocupara. La moral de la resignación y del abatimiento, como él mismo explica en sus «Recuerdos de provincia» no cabían en su alma. Unos parientes le prestan ayuda a su llegada a Putaendo. Pero esto sólo dura mientras se repone de las fatigas y penalidades del viaje. Poco tiempo después se ocupa en aquella misión que constituye la preocupación fundamental de su vida: enseñar. Irradiar luz a cuantos se hallan junto a él. Lee, y más que lee, devora libros. Cuando ellos le apasionan, se queda sin dormir, y come con el libro en las manos sin darse cuenta de lo que hace o de lo que le imponen sus necesidades físicas. Es maestro en la escuela municipal en Santa Rosa de Los Andes. Mas, muy pronto, las innovaciones que introduce en su manera de enseñar, no agradan al gobernador de aquel pueblo. Un altercado violento determina su salida de allí. Antes, otro altercado con otro gobernador de un pueblo de su país, le valió una larga prisión. Y entonces es bodegonero en Pocuro; luego dependiente de tienda en Valparaíso. Allí la onza que gana, la reparte dándole la mitad a un profesor de inglés para que le enseñe ese idioma y dos reales a un sereno que lo despierta a las dos de la mañana para estudiar su inglés. Un soldado de Napoleón, residente en San Juan, le había enseñado el francés, y mientras tiene su casa por cárcel, en una de esas alternativas de la vida tempes-

tuosa y fluctuante de la época, lee con la ayuda de una gramática y de un diccionario, hasta 12 volúmenes de la biblioteca en francés, de uno de sus amigos. Más tarde, en 1837, también en San Juan, aprende el italiano; y según cuenta él mismo en sus «*Recuerdos de provincia*», mientras es redactor de «*El Mercurio*», durante su estada en Santiago, «se familiariza con el portugués que no necesita aprenderse». En París se encierra quince días, sin otra ayuda que un diccionario y traduce seis páginas del alemán. Y cuando va a Copiapó, en donde es peón y luego mayordomo de faenas, en el mineral de Chañarcillo, sabe encontrar manera de procurarse libros y estudiar, leer siempre, apaciguar en esta forma su tremenda inquietud, su ansia vehemente de aprender y así poderse formar ideas propias, como lo dice él mismo, hablando de sus lecturas: «estas lecturas enriquecidas por la adquisición de los idiomas, habían expuesto ante mis miradas el gran debate de las ideas filosóficas, políticas, morales y religiosas, y abierto los poros de mi inteligencia para embeberse en ellas». Y más adelante agrega, en su estilo nervioso y desordenado, que siempre le interesó la compañía de los hombres instruídos y que cuando vió en Santiago, en los periódicos, la forma como exponían sus ideas aquellos hombres que habían recibido una educación ordenada, y quisieron mirarlo con desdén, él se formó la convicción de que éstos no habían atesorado mayor número de conocimientos que los suyos «ni masticádoslos más despacio». Y en uno de esos arrebatos de su carácter, en los cuales se desbordaba su avasalladora vitalidad preguntaba: «¿También a mí querían embaucar me con sus seis años de Instituto Nacional? ¡Pues qué! ¿No sé yo, hoy examinador universitario, lo que en los colegios se enseña?».

Apasionado, con esa brusquedad irascible que lo caracteriza, el hervor de su inquietud va despertando en todas partes, agitación humana y movimiento espiritual que en diversas ocasiones provoca el estallido de ásperas y rudas controver-

sias, en las cuales ataca y se defiende con poderoso aliento. Como un toro arrancado de la inmensa y silente soledad de sus pampas, embiste a sus adversario sin consideraciones ni medida. La conciencia de su valía lo exalta, lo endurece y hace bullir su sangre. Es como si se ahogara, sin poder hacerse entender, cuando lo rodea la rigidez limitada de los mediocres. Esto sin querer afirmar que no sea respetuoso ante las opiniones más humilde, si ellas tienen por objeto poner en claro un asunto de interés. Así también, muéstrase dúctil y dispuesto a la cordialidad generosa, si se halla frente a un adversario de merecimientos como le ocurre con Lastarria y Jotabeche en Chile, cuando discrepa con ellos sobre temas de cultura.

Es la inquietud que surge de su poderosa vitalidad la que le hace mostrarse intemperante. Según Lugones, en el magistral retrato que hace de Sarmiento, «la impaciencia lo devora y no teniendo tiempo de elegir, carga con todo lo que encuentra al paso. Si ha calzado las botas de nueve leguas, es natural que se levante polvo en su ruta. Puesto que se divierte en ser el señor Huracán, echa ese polvo a la cara. También esto le da el dominio de sus trabajos prodigiosos. Escribe «Argirópolis» de una sentada, día y noche, consumiendo varias veces la vela lucubratoria convertida en ascua de su volcán. Compone el discurso de la bandera, en el despacho presidencial, en una hora. Manda a los diarios su colaboración de editorialista en cuatro o seis artículos por junto. Posee el don divino de andar más rápido que el tiempo. Excede su propia grandeza con su entusiasmo».

«A pesar de sus recomendaciones para el buen trato de los libros, sacrifica los suyos a la urgencia de su tarea. Anótalos con lápiz o con tinta, al azar; québralos por el lomo, sin miramientos, apaga la vela con ellos a despecho de su buena encuadernación»...

En este elogio vibrante está definido uno de los aspectos más atrayentes de la personalidad de Sarmiento y la síntesis

de su actividad sin tregua. No ama la vida tranquila en el aspecto de la comodidad. El ansia atropellada de sus copiosas lecturas, denuncian su desesperada inquietud interior; la diversidad increíble de sus preocupaciones, el nervioso brío de su capacidad creadora y organizadora. Como un león enjaulado en cuyos ijares repercuten los latidos de un corazón anhelante de escarpar las cumbres más inaccesibles, va y viene sin dar tiempo a sus músculos para que se pongan lerdos. En Copiapó, vestido con la mezclilla azul del apir, lee y enseña a los mineros, en cuyas almas rudas, sus relatos y conversaciones provocan el deseo de aprender. Y vuelto a San Juan, es otra vez maestro, agrimensor, tinterillo, periodista, escritor, militar y político, que ésta es la más apasionante de sus inquietudes. Su instinto genial le indica que es éste el camino que lo conducirá al poder desde donde sus ideas constructivas, esas «ideas que no se degüellan», según apunta sobre una roca, en una de sus huídas a Chile, se convertirán apoyadas por su voluntad de acero, en fecundas y provechosas realidades.

Y por debajo de todo este tumulto, entre las duras y retorcidas fibras de su corteza de luchador, en lo recóndito, como una fina guía de oro, está su exquisita sensibilidad. Contando en el «Facundo», las observaciones que le sugiere una visita a la sierra de San Luis, donde—no se olvida de decirlo—enseñó a leer a seis jóvenes, el mayor de los cuales tenía 22 años, dice que le tocó alojarse en la casa de un hombre de noble y altiva presencia. Esto le da oportunidad para trazar un cuadro de la vida gaucha, en el cual muestra la delicada sensibilidad de su alma de artista, emocionado y sincero. En una capilla que había construido cerca de su casa, aquel hombre reemplazaba al sacerdote, rezando por las tardes el rosario. «Concluido el rosario—dice Sarmiento—hizo un fervoroso ofrecimiento. Jamás he oído una voz más llena de unción, fervor más puro, fe más firme, ni oración más bella, más adecuada a las circunstancias que la que recitó. ¡Pedía en ella a Dios, lluvia para los

campos, fecundidad para los ganados, paz para la República, seguridad para los caminantes!... «Yo soy muy propenso a llorar—sigue más adelante—y aquella vez lloré hasta sollozar, porque el sentimiento religioso se había despertado en mi alma con exaltación y con una sensación desconocida, porque nunca he visto escena más religiosa; la voz de aquel hombre, candorosa e inocente, me hacía vibrar todas las fibras y me penetraba hasta la médula de los huesos».

No es precisamente el aspecto religioso el que hiere su sensibilidad, sino la bella pureza de la escena realzada por la poesía del ambiente, y la honda sinceridad que humedecía con su temblor de emoción las palabras de aquel patriarca gaucho. Porque a Sarmiento, no eran los frailes y sus prácticas lo que más le atraía, no obstante tener en el padre José de Oro y en otros sacerdotes a algunos de sus mejores amigos. Al respecto viene a cuento una incidencia que le ocurrió siendo Gobernador de San Juan. Un día, un cura, atacándole desde el púlpito dice que Sarmiento es masón, y que tiene cola como todos los masones. Sarmiento contra su costumbre, no contesta el ataque, pero en una ocasión en que se encuentra con el cura en la calle, y en uno de esos repentinos estallidos de su carácter, ataja al cura y volviéndole la espalda le dice: «Toque, padre, toque, y vea si ha dicho la verdad».

Cuando publica su primer artículo en Chile, en 1840, según lo refiere él mismo, experimenta la ansiedad del niño que ha realizado su primer acto de hombre. «Si me hubiera preguntado—dice con ese motivo—si yo sabía algo de economía, de literatura, de política o de crítica, habría contestado francamente que no, y como el caminante solitario que se acerca a una gran ciudad y ve de lejos sólo las cúpulas y las torres de los edificios, yo no veía ante mí, sino nombres como los de Bello, Oro, Olañeta, colegios, cámaras, foro, como otros tantos centros de saber y de criterio».

Una nerviosa impaciencia, le hacía aguardar poseído por

esa angustia del hombre sensible, la llegada de «El Mercurio» de Valparaíso, en el cual aparecería su primer artículo. «Un solo amigo estaba en el secreto—añade Sarmiento y yo estaba en mi casa escondido de miedo». La emoción del creador, que por ese tiempo hay en potencia en él, lo martiriza y lo sacude. El mundo de su arte, nace en su espíritu, arrebatadamente, como un brote vigoroso de su mentalidad. Sus fantasmas interiores comienzan a definirse y agitarse en hervorosa combustión de gérmenes que necesitan ser fecundados para lanzarse a la vida. Pues no se podrá decir que en su «Facundo», a más de su arrebatada exaltación, no hay un sentimiento artístico de la mejor calidad. En ese aspecto, Sarmiento, deja en el lector de hoy, una profunda impresión de admirativo asombro al ver cómo trazó, con estremecida y briosa elocuencia, la figura satánica de Juan Facundo Quiroga. Los mejores biógrafos de hoy no animarían mejor la vida de aquel terrible y singular personaje. Es en su admirable «Facundo» donde más se hace notar la intuición genial que hay en todos los actos de Sarmiento, pues no obstante su partidarismo y su pasión, el relato está impregnado de la grandeza y del rudo encanto que hay en el ambiente de epopeya, en donde transcurren las andanzas y depredaciones del caudillo. Hay tal acento de verdad, tanta elocuencia descriptiva, y tan vigorosas líneas en los trazos con que define al Tigre de los Llanos como llamaban a Quiroga, que aunque se escribieran cientos de volúmenes para demostrar que Sarmiento falseó los hechos, no se conseguirá borrar de la mente del lector, la pintura que éste hace del caudillo.

Y es que «Facundo» es seguramente, el libro más fuerte hecho en América, con materiales americanos. No es la biografía escueta de los actos y de los acontecimientos que intervinieron en la vida de Quiroga, sino que es como una novela apasionante, en la cual surge como un prodigioso telón de fondo, el vasto escenario de la pampa, con su naturaleza recia, con sus

gauchos turbulentos y crueles, con su tumulto de reses bravías, y su tempestad de jinetes salvajes que siguen ciegamente tras el macabro pendón de la bandera negra de Facundo, en la que va escrito su terrible lema: Religión o Muerte.

Esta impresión que fascina al lector, y lo sujeta como hipnotizado a las páginas del «Facundo», adquiere una culminación sorprendente, en los momentos en que Sarmiento narra ese breve período que antecede a la muerte del caudillo. Una especie de fatalismo, mezcla de desafío y de arrogancia, de altivez y de desdén, empuja a Quiroga hacia Barranca Yaco, en donde Santos Pérez, el Gaucho Malo, había de ultimarle. Facundo va solo hacia el peligro, sin que consejos y advertencias lo hagan desviarse de su ruta. Cuando su coche es detenido por la banda de Santos Pérez, Facundo confiado en el terrible poder de su mirada, se asoma en la ventanilla para preguntar:

—¿Qué significa esto?

Pero Santos Pérez, antes de ser vencido por el fulgor de aquella mirada, alza el arma, y sin que su pulso tiemble, le contesta con un certero balazo que da en un ojo de Facundo. Termina así la vida de Quiroga, y con ella uno de los períodos más borrascosos del caudillaje que se erguía en la pampa en constante amenaza, para humillar a las ciudades.

Todo el violento impulso de aquellas existencias turbulentas, está magistralmente expuesto, además de que el «Facundo», en la «Vida de Aldao» y en la «Vida del Chacho», célebre bandido que muere a manos de las tropas de San Juan, cuando Sarmiento es gobernador de esa provincia. La ejecución del Chacho se realizó sin formación de causa, lo que dió origen a los más duros y encarnizados ataques de los adversario políticos de Sarmiento. Y son estos libros apasionados, hirvientes como calderas a alta presión, los que alcanzan mayor popularidad en la Argentina. Los errores de apreciación que pudiera haber en ellos, por el influjo de los acontecimientos de la época no amenguan el valor interpretativo de esa realidad. Por en-

cima de los conceptos ideológicos y de las tendencias partidistas, quedaba fulgurando el genio creador. La fuerza avasalladora de aquella alma de gigante, en cuya vitalidad portentosa se agitaba ese don divino de andar más ligero que el tiempo, como decía Lugones.

Para Sarmiento, por esa época su país era como el palenque que le servía para desfogar todas las energías de su vitalidad. Los chasques que iban y venían en sus caballos jadeantes a través de las llanuras y los desfiladeros cordilleranos llevaban en el fondo de sus valijas, los papeles con sus escritos inflamados por el ansia de libertad que anhelaba para su patria. Alberdi, que lo miraba de cerca, y no podía ver toda la perspectiva que abarcaría su fabuloso destino, se equivoca al reprocharle sus diferencias con Urquiza, el vencedor de «Monte Caseros» que recibe con esquiveces y recelos a Sarmiento en los días en que éste llega a ofrecer sus servicios. Las reflexiones mordaces y crueles de Alberdi, cuando en una de sus Cartas Quillotanas, enrostra a Sarmiento el tono violento con que combate ahora a Urquiza, el mismo con que antes atacó a Rosas, sólo aciertan en la parte que se refiere a Sarmiento, tomado esencialmente como escritor, pues no ve las condiciones de política y de estadista que hay en él. Y esta opinión se afirma y confirma en la parte en que Alberdi le pregunta: ¿Por qué se considera Ud. un mito político? ¿Por haber escrito diez años contra Rosas? Y luego su propia respuesta:—«No hay duda que haber escrito diez años contra el tirano de la República es un título de gloria, pero es mucho mayor el de haberle volteado en el campo de batalla. ¿Quién confundiría la gloria de Mme. Stael con la de Wellington, como vencedores de Napoleón? ¿Quién diría que mil volúmenes de crítica tenían la eficacia de la batalla de Waterloo en la caída de Napoleón?»

Y después de abundar en consideraciones y comparaciones semejantes a las enunciadas, Alberdi agregaba: «el nombre de un escritor puede ser un mito en la imaginación de un pue-

blo, pero ¿la gloria literaria, es antecedente de gobierno en ninguna parte? ¡No han tenido ese antecedente mitológico o fabuloso en nuestro país, Belgrano, Moreno o San Martín, que libertaron la América y lo tendría un escritor de la prensa periódica!».

«Algunas veces creo haberle dicho: muchos siglos faltan para que los presidentes de países tan poco intelectuales como los nuestros, salgan del terreno de la prensa. ¡No los da la prensa de Norte América! El escritor prepara, pero nada concluye. La víspera es su día, el día siguiente siempre es su descalabro en todas las empresas de su ambición política».

La tesis sustentada por Alberdi en esta cuestión era sin duda exacta y los hechos posteriores no la han desmentido. Su admirable facultad crítica para ver las fallas de orden ideológico o estético en Sarmiento, son de maravillosa precisión y penetrante hondura. En lo que Alberdi se equivocó fué en no apreciar la capacidad de Sarmiento en la amplitud de sus facultades prodigiosas, que se salen de las características de especialidad o de inclinación que el talento suele tener, para desbordarse, como un río caudaloso que invade los campos destruyendo cuanto encuentra en su camino, pero que deja en ellos su signo potente de vida nueva. Y es que el talento tiene algo de esclavitud y de exclusivismo. Sólo el genio es capaz de arrasar con todos los diques y dominar de esta manera los diversos aspectos de la inteligencia humana. Este es el caso de Sarmiento. La inmensa órbita de sus actividades, y la seguridad con que las ejercita, son la expresión más clara de la desatada fuerza de la naturaleza que hay en él, y que lo mantiene en perpetua agitación. No puede resignarse a cumplir un destino. Es él quien lo guía, lo impulsa y lo mantiene con su voluntad tensa y erguida. Escribe un silabario para enseñarle a leer a un pueblo. Más tarde, desde el poder le enseñará a ese pueblo a entender que la libertad no es el libertinaje, sino la

expresión de la justicia y del derecho nacido de la conciencia humana, en un proceso de armonía y de equilibrio.

Para Sarmiento, Chile es el refugio de la libertad en América. Durante los largos años de su destierro, nuestro país constituye en su ambición política esa patria que pedía para darle todo el aporte a sus energías. Mientras está en Chile es redactor de «El Mercurio» que se publicaba en Valparaíso, propiedad por ese tiempo, de don Manuel Rivadeneira, el más tarde, famoso editor español, que ve en Sarmiento al periodista nervioso y vivaz, con todas las cualidades requeridas para dar animación a su diario, meramente noticioso y comercial. Lastarria, a quien Sarmiento lee ese primer artículo en el cual describe la batalla de Chacabuco y que firma con el seudónimo de «Un teniente de artillería», lo pone en contacto con Rivadeneira. Empero, su inquietud no le dejaba tranquilo en ninguna parte. Muy luego deja «El Mercurio» para redactar «El Nacional», «El Progreso» y otros diarios, en cuyas columnas deja la huella fecunda de sus iniciativas. Es el creador de la prensa diaria santiaguina. En su pecho hay un volcán en perpetua erupción de anhelos, en cuanto se refiere al progreso de estos países. Su curiosidad es insaciable y no vacila nunca en embarcarse en toda empresa que suscita su curiosidad y su interés. Escribe sobre las más diversas materias, y aun cuando no deja un solo día de atacar la tiranía que impera en su patria, le queda tiempo y le sobra impulso para ocuparse de cuanto cae bajo su mirada.

La vehemencia de su temperamento lo empuja y lo lanza a las más ardientes controversias. Es famosa, y no por conocida dejaremos de mencionarla, su polémica con don Andrés Bello, en la cual Sarmiento de acuerdo con su carácter, aboga porque se deje al escritor manifestar libremente su personalidad, sin que ella se sienta entrabada por las reglas académicas que engendraban la parálisis espiritual, o sea la falta de vuelo en la creación artística, limitando de este modo, las facultades

de la imaginación. Además, era partidario de que en el arte se emplearan elementos autóctonos para hacer literatura, y en esto coincide con Lastarria que sustenta esa misma tesis en su famoso discurso inaugural de aquella célebre Sociedad Literaria que él fundara. En este punto, los hechos le dan la razón a estos hombres, pues el éxito de «Facundo» sólo se podría igualar al del «Martín Fierro», que en el alma popular argentina son las más puras enseñanzas de su orgullo racial, pues ahí está la grandeza épica de su nacionalidad. Y es que los pueblos siempre aman la pujanza y la heroicidad de su pasado para poder vivir así, confiados en su destino.

Las polémicas de Sarmiento se suceden unas tras otras en Chile. Lastarria, Jotabeche, Juan N. Espejo, Sanfuentes y muchos otros chilenos de figuración, además del argentino Alberdi y del guatemalteco Irisarri, sostienen ardientes controversias con Sarmiento sobre las diferentes maneras de enfocar las diversas cuestiones de interés público que se suscitaban en aquella época. Sarmiento, desde su rincón del portal, frente a la plaza, donde vivía tiene resuello para batirse denodadamente con todos. En aquella pieza enorme, sin más muebles que una cama, una mesa y algunas sillas, era donde Sarmiento estampaba sobre el papel el torrente inagotable de sus ideas. Sin embargo, todas estas batallas del pensamiento, en las cuales su personalidad no le permitía doblegarse, sino por el contrario, mostrarse rudo, cuando no burlón o implacable en sus ataques, fuéronle arrinconando, hasta hacerle difícil su permanencia en Chile, a tal extremo que proyectó marcharse a Bolivia, donde se acogía con cordialidad y afecto a los emigrados argentinos. Sobre el respecto es interesante recordar sus propias palabras: «Todos los días irrito susceptibilidades y crío deseos de encontrar en mi conducta acciones que me denigren. Debiera ser más prudente, pero en punto de prudencia me sucede lo que a los grandes pecadores, que dejan para la hora de la muerte, la enmienda. Cuando tenga cuarenta años seré

prudente; por ahora seré como soy y nada más». Esto, y su impotencia frente a la tiranía, que se prolongaba indefinidamente en su país, lo mantenía en un estado de exasperación.

Y es en esa época cuando la amistad de don Manuel Montt, el ilustre chileno, le brinda el apoyo de su comprensión y de un afecto que los une por toda la vida. Aquel estadista severo, aquel noble espíritu sagaz y fino sabe descubrir y apreciar la grandeza del argentino, impidiéndole marcharse de Chile. Le ayuda a fundar el primer diario de Santiago y después le encarga la creación de la Escuela Normal de Preceptores, fundada dos años después de la de Estados Unidos. Cuando abre sus puertas la Universidad de Chile, para reemplazar a aquella vieja y anquilosada Universidad de San Felipe que ya no funcionaba, Sarmiento es nombrado miembro de la Facultad de Humanidades y es entonces cuando presenta su conocida reforma del idioma, que en tiempos del purista Bello, es aprobada con modificaciones y cuya vigencia dura cerca de siete años.

Pero a Sarmiento lo llama su patria. No son comodidades las que necesita, sino el fuerte anhelo de cumplir su destino. Cuando oye decir que el general Lamadrid ha vencido a los federales, no escucha los consejos ni los ofrecimientos de Montt que sonriendo le dice: «Así Ud. no sentará nunca la cabeza». Pero su ansiedad es más fuerte que él, y se marcha a su tierra. No alcanza a cruzar la cordillera, cuando se encuentra con los girones del ejército de Lamadrid que venían huyendo hacia Chile después del combate de «Rodeo del Medio». Y más tarde, en los días en que Urquiza se levanta contra Rosas no resiste sus impulsos y se marcha a ofrecerle su ayuda. Desilusionado del despego con que aquél lo recibe, aun cuando Sarmiento es uno de los que se hallan en el combate de Monte Caseros, que determina la caída de Rosas, decide pasar al Brasil, donde el emperador don Pedro II lo recibe con afecto y con los honores a que ya su personalidad se ha hecho acreedor. Desde

Río de Janeiro se vuelve a Chile para seguir trabajando en las tareas del periodismo y en la organización de la enseñanza secundaria. Poco tiempo después, el gobierno chileno, a instancias de Montt, lo envía en misión a Europa a estudiar los modernos métodos educacionales. Le debe, pues, a Chile su madurez como estadista y educador.

De este viaje, en el cual recorre gran parte de Europa y algunas ciudades de la costa de Africa, surgen sus libros de impresiones de aquellos mundos, donde su vista se posa por primera vez, libros que están llenos de novedad por la forma curiosa como reacciona su espíritu ante aquellas viejas civilizaciones. Para la mentalidad de Sarmiento nada ocurre a su alrededor sin que saque de ello algún provecho. A la salida de Valparaíso el barco en que viaja, es arrastrado por un temporal hasta la isla de Más Afuera. Su visita a la isla le sirve para hacer una hermosa descripción de ella, y relatar una carcería de cabros salvajes que efectúan allí algunos de sus compañeros de viaje. En carta dirigida a su amigo don Vicente Fidel López, desde Montevideo, la contemplación del río de la Plata que a la hora de su arribo se ve de color púrpura le sugiere la siguiente reflexión, que da la idea de cómo su pensamiento está siempre ocupado de algo de lo que ocurre en su país: «Esa es la sangre de los que allá están degollando—dice—. Su visita a París, Londres y Berlín le da materia para hacer sabrosos comentarios acerca de la vida en aquellos grandes centros de cultura y de agitación humana.

Y no es sólo el nutrido acervo de sus observaciones y experiencias el que trae de allá, sino también el fruto de sus emociones de artista. Pero eso lo deja por de pronto de la mano, y a su regreso a Chile, escribe obras didácticas que son de positiva utilidad para la educación chilena. Son éstos el resultado de sus estudios en Europa y en Estados Unidos, país este último donde sólo le fué posible una breve permanencia, pues sus escasos medios económicos no le permiten prolongar su esta-

da en esa tierra, donde una nueva civilización nace a la vida con fuerza inusitada.

Y cuando sus obligaciones con Chile han sido cumplidas con la correcta y eficiente integridad que caracteriza sus compromisos, parte de nuevo, y esta vez, definitivamente a su país, donde ya derrumbada la tiranía, un clima de libertad ofrece expectativas ilimitadas a sus relevantes facultades de creador y de organizador. Es entonces cuando el galope de su inquieto corcel que hasta entonces ha debido sujetar con brascas y a veces violentas sofrenadas, se lanza en un carrerón impetuoso y en el cual ya no hay fuerza humana capaz de detenerlo. Su actividad adquiere en esos momentos el frenético impulso de un huracán. ¿Qué cosas no hace allí? Redacta diarios, interviene en ardientes polémicas, publica libros y panfletos. Y es diputado, senador, ministro, director general de las escuelas primarias de la provincia de Buenos Aires, al propio tiempo que interviene en las cámaras, en los más resonantes y memorables debates. Un día llega a su tierra de San Juan como Gobernador. Es militar y su grado de teniente-coronel, perdido y olvidado entre el tumulto de sus actividades, le sirve después para llegar a ser General de la República. Diplomático en Chile, Perú y Estados Unidos, recibe los más acres reproches de Mitre, a la sazón Presidente de la Argentina, por resolver sin consulta las cuestiones en que le toca actuar, sin acordarse que es el representante de su gobierno, y no el gobierno mismo.

En Chile, a su vuelta de Caseros había fundado el «Monitor de las Escuelas», publicación oficial que pudo realizar con el apoyo de Montt; y más tarde, siendo Director del Departamento de Escuelas de Buenos Aires, funda los «Anales de la Educación Común», publicaciones que son el origen de la prensa docente en Sud-América. Le interesa en forma especial la educación de la mujer, pues, según él, «era la base de la grandeza de las naciones». Y cuando su aspiración máxima se convierte en realidad, cuando es elegido Presidente de la Re-

pública, una de sus primeras preocupaciones es fundar la Escuela Normal de Mujeres. Antes ya había proyectado fundar en San Juan un colegio para niñas.

En su aspecto de educador, es un visionario certero, pues concibe la mayor parte de las ideas que sólo en nuestros días han llegado a convertirse en realidad en los países iberoamericanos que más han luchado por resolver los problemas de la educación moderna. De él son los cursos de vacaciones para maestros, el primero de los cuales dirigió el propio Sarmiento en Santiago, cuando era Director de la Escuela Normal. El ahorro escolar, al que tanta importancia se le confiere en la actualidad; la escuela para retardados mentales, considerada de imprescindible necesidad. Las cárceles también debían ser escuelas, porque según Sarmiento, los presos sólo eran enfermos del espíritu que era necesario curar y educar. Las bibliotecas ambulantes eran otra parte de su programa educativo: «La República—decía—debe ser una gran escuela, pero no basta saber leer si no hay libros en qué leer». Odiaba la mala letra en la cual, según su frase «se reflejaba el odio y el egoísmo». Unos de sus biógrafos cuenta que siendo Presidente de la República le gustaba meterse de rondón a las escuelas para ir a mirar la plana que escribía algún chico.

Y desde este cargo que ambicionó con todas las energías de su espíritu para poder servir mejor a su país, hizo de la educación el fundamento de su obra gubernativa. Nada escapa en este sentido a su mirada y a su genio. Escuelas de Minerología, de Agricultura, de Artes y de Oficios; las Escuelas Militar y Naval son de su administración. Está siempre adelantándose a su época, revolucionando todos los métodos y limpiando, con su asombrosa adivinación, el moho de la rutina que ponía rigidez y monotonía en los sistemas de enseñanza de la época.

Pero no es sólo su dedicación al progreso educacional lo que absorbe su actividad, mientras ocupa la primera magis-

tratura de su país. Va y viene de todos los campos de la agitación humana: ferrocarriles, telégrafos, puentes, caminos, todo se organiza bajo su vigilancia directa. Suya es la idea de unir a Chile por medio de una vía férrea y de una carretera. Códigos, convenios internacionales, leyes de régimen tributario y administrativo pasan ante su pupila obstinada, para su estudio. En este aspecto es interesante conocer una anécdota de Sarmiento que, a más de su pintoresco sabor, refleja la forma como lo preocupaban los problemas que requerían la atención de su gobierno.

Un tempestuoso debate se había suscitado en el congreso, donde Mitre, su antecesor en la presidencia, era el jefe de la oposición. Se discutía sobre si el ejecutivo debía intervenir en San Juan, provincia donde el gobernador había zanjado sus dificultades con la legislatura, metiendo a sus miembros en la cárcel. Sarmiento sostiene en el Consejo de Ministros que con este objeto se celebra la teoría de que el ejecutivo debe intervenir. Vélez Sarsfield, su ministro del interior, opina que no. Y como la discusión se prolonga sin llegar a ningún acuerdo, el ministro ofrece su renuncia, pero Sarmiento le dice:—«Se me ocurre otro remedio, doctor Vélez, y es que el uno convenza al otro. Piénselo bien. Tenemos tiempo».

Y en la noche cuando el ministro terminaba de comer se le aparece el Presidente Sarmiento seguido de un sirviente que trae una valija.

—¿Qué está de viaje, Sarmiento?—le pregunta el Dr. Vélez.—Y entonces el Presidente le contesta:

—«Traigo dos mudas de ropa y vengo a instalarme aquí para discutir lo de San Juan y no me voy hasta que Ud. no me haya convencido o yo a Ud.».

Lo convence Sarmiento y entonces el doctor Vélez Sarsfield fué en la Cámara el más firme sostenedor de la tesis del gobierno, en aquel famoso debate.

En los días que asume el poder, la Orden Masónica, a la

cual pertenecía, le rinde un homenaje magno, en una solemne tenida que celebra con este objeto. Sarmiento esa noche, poseído de profunda emoción, después de exaltar la obra de la masonería, y agradecer ese homenaje, hace una declaración inesperada. Dice que desde ese momento deja de ser masón, para ser Presidente de la República. Porque, va a dirigir los destinos de un país, en el cual la mayoría de sus habitantes son católicos, y el debe ser una garantía para sus sentimientos. Esto da la idea de la honradez, y de la seriedad y firmeza con que cumplía sus compromisos sin faltar a sus convicciones.

Por esa misma época, un periodista le da algunos consejos, acerca de cómo debe gobernar. Y aunque Sarmiento ya es el Presidente de la República, no puede dominar al polemista que hay vivo en él. Le contesta para decirle que si un pueblo le ha confiado la dirección de sus destinos, es porque lo sabe capaz de esa alta misión. Y no le reconoce a ese periodista, autoridad para dirigirse en ese tono a un Presidente elegido conforme a los preceptos constitucionales que rigen al país.

Con la energía que es la característica de toda su vida, robustece en el Gobierno el principio de autoridad. En una ocasión es víctima de un atentado criminal, perpetrado por dos italianos que obran como instrumento de un caudillo que acaba de alzarse contra el poder central. Sarmiento salva milagrosamente, sin ser tocado por las balas que le disparan. Sus partidarios, dejándose llevar por un impulso de arrebatado entusiasmo, se dirigen en tumulto al palacio presidencial, para felicitarle. Pero Sarmiento no los recibe. Les hace recordar que es el Presidente de la República, y que para realizar ese objeto, deben nombrar delegaciones. Su respeto a las normas ciudadanas, por las cuales tanto batalló, se hace sentir en esa ocasión, sin dejarse tentar por una ráfaga de popularidad.

Duras y aciagas contingencias le toca afrontar, mientras permanece al frente del Gobierno. A los pocos días de su reconciliación con Urquiza, que dominaba grandes núcleos en

las provincias, y cuya amistad era una garantía para la paz de la República, asesinan con móviles políticos al vencedor de Monte Caseros, en las casas de su estancia. Sarmiento poseído de terrible indignación condena aquel crimen, haciendo perseguir a sus autores. Casi simultáneamente estalla la revuelta del general entrerriano López Jordán, que ponía otra vez a la pampa frente a Buenos Aires. Pero Sarmiento con su formidable capacidad organizadora, lo derrota en breve tiempo, y aunque López Jordán, se rehace, el Presidente no descansa hasta dominarlo completamente. Y aun, en los momentos más álgidos de sus luchas contra los caudillos, y con terribles epidemias que asolan al país, no descuida un instante las obras de progreso en que vive empeñado.

Y cuando deja el poder se da cuenta de que está más pobre que nunca. Que casi no tiene con qué comer. Preocupado de darse por entero a su país, no se acordó de sus propias y más imprescindibles necesidades. Su austera honradez y el absoluto abandono de sus intereses personales, no le podían traer otra cosa. Mientras ocupa la Presidencia de la República, su hija es maestra en una escuela primaria de San Juan. ¡Qué pocos ejemplos de austeridad y democracia, se podrían señalar en América en casos parecidos!

Ya todas sus ambiciones están cumplidas. ¿Qué destino se le mostró esquivo, que su salto de león no alcanzó? Un día le confieren en Estados Unidos, el insigne honor para un extranjero, de dirigir por breves instantes el debate de una sesión, en el Senado de ese país. Las universidades norteamericanas le confieren sus más altas distinciones. Y es que Sarmiento se siente maestro ante todo. En una ocasión en que asiste en Estados Unidos a una gran asamblea educacional, deja su tribuna de diplomático para ir a ocupar un asiento entre los profesores. En Chile, según la frase de don Manuel Montt, hubiera sido todo lo que anhelara ser, menos Presidente de la República, por su calidad de extranjero. Pero en su patria,

como un gigante que viniera retrasado, cruza a grandes zancadas todas las situaciones, que el ciudadano de un país puede ambicionar, hasta toparse con la primera magistratura de la nación.

Y cuando sale de ella, su eterna inquietud, más que su pobreza, que más tarde en tiempos de Avellaneda es reparada con un grado de General del Ejército le induce a aceptar el puesto de Jefe del Departamento de Escuelas. Vuelve a ser Senador y Ministro; a polemizar en diarios y revistas. Pero los años no han pasado en vano. Está cansado, y más que eso gastado. Enfermo, más que viejo. Una súbita nostalgia envuelve de pronto su corazón. Es como un perfume lejano y evanescente. Entonces dice:

«Chile fué mi teatro y le debo los más grandes recuerdos. Quisiera volver a verlo antes de morir, como la primera página, y la más bella de mi vida».

Y vuelve a Chile, trayendo una misión de su Gobierno. En nuestro país, escenario de tantas de sus luchas apasionadas y desde donde lanzara sus invectivas más terribles en contra de Rosas, es recibido con grandes honores. Se encuentra con algunos de sus amigos chilenos, a quienes visita por última vez, entre ellos con Lastarria, con quien en el ocaso de la existencia, debió evocar los días de su juventud ardiente e impulsiva.

Empero, el clima de Buenos Aires, le hace mal. Ya su organismo que trabajó siempre como un motor a alta presión, no resistió más. Le aconsejan que se vaya a pasar los inviernos al cálido clima de Asunción del Paraguay. Está allí, cuando se cumple la fecha del aniversario de la muerte del Dr. Francia, el sombrío tirano, que conculcó por tanto tiempo la libertad de ese país. Sarmiento tiene ya setenta y seis años y, sin embargo, no resiste al impulso de execrar la memoria del Dr. Francia, en un artículo publicado en la prensa de Asunción. Esto provoca una réplica violenta de un deudo del dictador. Sarmiento

le envía sus padrinos. Era el último zarpazo del león. Pero aquello no podía ser. Un numeroso grupo de caballeros asunceños, rodean al grande hombre, para darle satisfacciones, y muestras de estima y de respeto. Tanto que entre todos, acuerdan regalarle una quinta en los alrededores de Asunción.

En el invierno, que sigue, al de aquella incidencia, vuelve Sarmiento al Paraguay. Se ocupa para entretener sus ocios, en la construcción de un pozo, para darle agua a su quinta. Y el día que lo consigue, siente la feliz agitación de un niño. Mas su corazón ya no resiste emociones demasiado intensas. Es una noche de septiembre, cuando siente que la muerte, la única capaz de darle sosiego, viene a buscarlo. Y en aquella cálida mañana asunceña, cargada de fragancia y de rumores, pide que lo enderecen en su lecho para ver el amanecer.

Hasta en la hora de la muerte, florece en su espíritu una ilusión, que sólo se marchita junto con el último latido de su corazón.